N. 2.

ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

PRIMERA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS.

Armida, Princesa de Damasco.
Reinaldo, Príncipe de Ferrara.
Ubaldo, Maestro de Reinaldo.



Ricardo, Capitan.
Comparsa de soldados.

El argumento es tomado de la Conquista de Jerusalen, escrita por el Sr. Torquato Taso.



Sinfonía estrepitosa que va declinando, de modo que al correrse el telon sea una música muy suave: el teatro representa una selva que baña el mar, lo mas amena que pueda figurarse: á un lado, sobre un rústico, aunque gracioso asiento, estará Reinaldo durmiendo, y Armida contemplándolo; ella tendrá una guirnalda de flores en las manos, y al cesar la música, dice:

Arm. ¡Qué tranquilo se mira y sosegado
en los brazos del sueño el amor mio!
mas ¿cuándo no descansa dulcemente
un amante feliz correspondido?
Naturaleza toda mudamente
interesada en su descanso miro:
las aves que alternadamente cantan,
las aguas despeñadas de los riscos,
y el viento que soplando blandamente
templa los rayos del calor estivo,
todo al dulce sosiego contribuye
del amoroso imán de mi alvedrío.
Despertaréle? no; con estas flores,
que tegió cuidadoso mi artificio,
ceñir sus brazos quiero, y sorprenderle
llegando á despertar: duerme, querido,
duerme, mi amado bien, duerme, alma mia,
duerme, objeto adorado de un cariño
abrasador del mas sensible pecho,
pues aunque todo el tiempo que no miro
las luces halagüeñas de tus ojos,
estoy considerando que no vivo,
sola la persuasion de que descansas,
de mis amantes ansias es alivio.

Música suave, á cuyos compases despierta Reinaldo, y dice:

Rein. Si duermo todavía?... ¿quién mis brazos
pudo estrechar con lazos tan floridos?
Arm. ¿Quién sino la que solo de mirarte
muere de amor su corazon herido?
Rein. Si imaginas, dulcísima homicida,
que á ser tu prisionero me resisto,
¡ó cuánto, Armida, ofendes tu hermosura!
mírate en el espejo fugitivo
de esa apacible cristalina fuente,
y notando los rayos despedidos
de tus ardientes brilladores ojos,
donde sus rayos templa el amor mismo,
esa boca de rosa, y en fin, todo
el imperio de Vénus reducido
á las gracias que en tí naturaleza
con cuidadoso estudio poner quiso,
verás que son en vano otras prisiones,
y que el dichoso estado en que me miro,
ni aun la muerte es capaz de terminarle,
porque el amor es alma, y siendo fijo
que el alma es inmortal, eternamente
debe durar el cautiverio mio.

nuevo ser me parece que he vestido;
vamos, Ubaldo, al punto.
Al tiempo de irse, sale Armida.
Arm. A dónde, ingrato?
Ubal. Fatal encuentro!
Rein. Bárbaro conflicto!
Arm. Callas, tirano, callas, y aun desdeñas
que se encuentren tus ojos con los mios?
con el silencio solo me respondes?
á mirarme no vuelves? en qué has visto
que te ofendiese Armida? es este el pago
á tanto amor, á tanta fe debido?
dónde está la constancia prometida?
dónde aquel corazon tan tierno y fino?
discúlpate á lo menos, que me ofende
mucho mas el silencio que el desvío.
Rein. Te juré eterna fe? sabré cumplirla;
pagaré tu favor; pero es preciso
que me ausente, señora: enagenado
en tu hermoso dulcísimo atractivo,
de soldado, de noble y caballero
toda la obligacion puse en olvido;
si no vuelvo por mí, quedo infamado;
tú misma me tendrias por indigno
de tu correspondencia; sobre todo,
la religion me llama; este motivo
ni dilacion admite, ni disculpa;
no te canses, Armida, nada miro
que no sea mi honor; cuando le deje
con mi valor acrisolado y limpio,
cuando la Palestina y toda el Asia
doble ya la cerviz al Cristianismo,
á amarte volveré.
Arm. Vana esperanza
que agrava la pasion con que me aflijo!
presente me abandonas, y querias
que ausente confiase? o desvarío!
mas si el deseo y ambicion de gloria
alcanzan en tu pecho tal dominio,
si en el honor te sientes ultrajado,
que te ausentes, Reinaldo, no resisto,
mas no tan pronto y repentinamente;
espera un solo dia, mas no pido
para que mi constancia se disponga
á resistir tan bárbaro martirio.
Rein. Qué me dices, Ubaldo?
Ubal. Que partamos;
cualquiera dilacion es un peligro
irresistible.
Rein. Un solo dia pide...
Ubal. Ya tu valor vacila? al mar, amigos;
quédate á tus placeres entregado,
mientras al gran Gofredo repetimos
que una débil pasion vencer no sabe,
quien presumia tanto de sí mismo;
y que la insignia que le cruza el pecho,
aun no pudo excitar en su alvedrío
sentimientos de honor.
Rein. Detente, Ubaldo:
no me abandones, llévame contigo.
Arm. Hombre de crueldad, hombre insensible,
compadece el estado en que me miro.
Ubal. Muger de perdicion, si al jóven amas,
cómo consientes verle envilecido?
Arm. Es verdad, es verdad, búsquese un medio
que del amor y honor no sea indigno:
mi bien, señor, mi dulce dueño amado,
parte á Jerusalen, parte atrevido
al campo del honor y de la muerte,
pero á lo menos llévame contigo:
yo inseparable compañera tuya
arrostraré los riesgos y peligros,
despreciaré la muerte; en las batallas,
armada siempre del acero limpio,
me verás á tu lado contrastando
el ímpetu y furor del enemigo;
y cuando mas no pueda, el blanco pecho,
este pecho en que vives, á los tiros
ofreceré gustosa del contrario
sirviéndote de escudo: estos suspiros,
estas lágrimas tiernas que derramo,
muevan tu corazon: ay amor mio!
cómo podré vivir si tú me dejas?
todavía te muestras indeciso?
ó llévame, cruel, ó aquí me mata,
seremos ambos con opuestos visos,
tú de perfidia egemplo aborrecible,
yo de fineza egemplo peregrino.
Rein. Complacerla quisiera; mas no puedo:
dónde hay tormento que se iguale al mio?
desdichada hermosura! es imposible,
Armida hermosa, lo que me has pedido;
la pasion con tu vista alimentada,
podia producir nuevo extravío;
demas de eso, señora, tú serias
de mis errores el mayor testigo,
y Gofredo...
Arm. No mas, no mas, ingrato,
bárbaro, desleal, desconocido;
si promesas y lágrimas no labran
ese vil corazon endurecido,
la fuerza bastará: temblad, esferas;
Aqui se figura una tempestad, y se ve á su tiempo zozobrar la nave combatida del mar, cuyo ruido y alteracion se imitará de modo que no estorbe la representacion.
y tú espumoso monstruo cristalino,
eriza de tus ondas la soberbia:
desátense en violentos torbellinos
los vientos encontrados; de tinieblas
se vea el claro sol oscurecido,
Se encubre la nave.
y abortando las nubes tenebrosas
desde sus senos rayos vengativos,
esa traydora nave sumergida
del proceloso golfo en el abismo,
pague su atrevimiento y mi desdicha;
vete ahora, tirano, halla camino
para tu aleve fuga, si pudieres.
Ubald. Maga vil, tus fantásticos prodigios
no pueden deslumbrar mi entendimiento;
nada temas, Reinaldo.
Rein. Qué he oido?
yo temer! ó qué en vano, incauta Armida,
te pretendes valer del artificio
ó del poder (que todo lo desprecio,
solo atento á mi honor!) cuantos mas grillos
aparentes poner á mi partida,
tanto vas decayendo en mi cariño.
Arm. Ah traydor! no bastaba tu perfidia
sin añadir insultos? pero impío,
aunque pierda tu amor, aunque con odio

mires á la que un tiempo dulce hechizo
de tu pecho y tu vida la llamabas,
ya que en tu corazon no hallan partido,
ni sus lágrimas tristes ni sus ruegos,
no saldrás de esta Isla; aquí cautivo
has de vivir, ingrato, eternamente,
sin que humano poder llegue á impedirlo.

Rein. Pues vive Dios, Armida, que á lo menos
cuando vencer no pueda tus prodigios,
inútiles haré tus intenciones,
para que sepan los futuros siglos
que por salvar mi honor perdí la vida:
cuenta, Ubaldo, á Gofredo lo que has visto:
recibe, ó mar undoso en tus cabernas
á un mísero infelice....

Va á arrojarse, y ella le detiene apresurada, y dice con mucha pasion.

Arm. Tente, impío:
hasta dónde conduces el extremo
de la fiereza? tente; ya tranquilo

Sale la nave.

se muestra el mar; el Iris se despliega
por la region del ayre cristalino:

Vese en accion todo lo que dicen los versos, y si pareciere, puede añadirse la vista del sol en los últimos términos de la marina.

entra en tu nave, parte, que yo sola
anegada en sollozos y suspiros,
abandonada, triste, y sin consuelo,
me quedaré á morir del dolor mio.

Cae desmayada.

Rein. Mi bien, mi dulce amor...

Ubal. Qué haces, Reinaldo?
aprovecha momento tan benigno.

Rein. Ah! no estaba mi alma preparada
á resistir tan bárbaro conflicto!
la muerte en palideces se difunde
por su semblante lánguido y marchito.

Ubal. No la mires, y aumentes mas tu pena;
toda piedad ahora es un delito.

Rein. Es verdad, es verdad; pero dejarla
entregada á mortales parasismos,
solo en un corazon de bronce cabe:
dura ley del honor! tan exquisito,
y tan nuevo linage de tormento,
estaba reservado al pecho mio?
qué haré? soy un cruel si la abandono,
sin honor si quedarme determino:
quién tuviera dos almas!

Ubal. Acabemos;
que no puedo sufrir ver tan remiso
un campeon cristiano, que las voces
de honor y religion oye tan tibio.

Rein. Dices muy bien; respetos tan sagrados
deben preponderar. Cielos divinos,
conservad su hermosura desdichada,
y haced que sus afectos dé al olvido.

Música propia de la situacion, durante la cual Reinaldo es llevado con algun género de violencia á la nave por Ubaldo: vuelve varias veces á mirarla; por fin se embarcan, y Armida recobrándose, dice:

Arm. Reinaldo... mi señor... pero infelice!
á nadie veo: á quién mi voz dirijo?
fuese, dejóme en soledad amarga,
en triste soledad, sin que á impedirlo
bastasen quejas, lágrimas, ni ruegos,
ni de dolor tan duro lo excesivo!
hombre sin compasion, hombre sin alma,
y tú eres noble? no; tú no has nacido
de la hermosa Sofía, ni en tus venas
corre la sangre Estense; tus principios
de fiera te acreditan: yo engañada,
te entregué un corazon amante y fino,
creyendo fuese el tuyo semejante:
ciego funesto error! pues que ya he visto
que en él únicamente la inconstancia,
perfidia, y falsedad tienen abrigo.
A sacarte vinieron de mis brazos?
Ay! ó cuánto mejor hubiera sido
no haberte nunca en ellos estrechado!
pérfido, me engañaste: lo mas vivo
del tierno corazon me has penetrado:
se acabó mi esperanza; aun el alivio
de la queja es inútil; si así pagas
un entrañable amor, di qué castigo
en tu perjuro, en tu alevoso pecho
reservas á quien te haya aborrecido?
Asperos montes, intrincadas selvas,
desiertos valles, solitarios riscos,
que mirais mi desdicha y abandono,
mis penas compartid, llorad conmigo.

Mientras toca la música, ella queda apoyada á un bastidor como abismada en su sentimiento; luego mirando al mar, dice:

Vuelve, perjura robadora nave,
que me llevas el alma y los sentidos,
vuelve, vuelve la proa, todavía
te falta el mejor peso... yo deliro,
y clamo en vano. Monstruo aborrecible,
que sordo á mi dolor y mis gemidos,
sola la voz de la ambicion escuchas,
de la vana ambicíon; si los suspiros
de un corazon doliente mover pueden
la piedad de los Cielos compasivos,
yo su justicia invoco, ellos castiguen
tu perfidia cruel; dardo enemigo
el alevoso pecho te atraviese;
mas no; sería dulce este castigo
para un traydor tan vil y abominable;
muera del mal que muero, aborrecido
y abandonado de otra á quien él ame,
como yo le amo á él... pero qué digo?
si es verdad que le amo, cómo puedo
sus males desear? No, dueño mio;
sé feliz, la Deidad de las batallas
de lauros te corone; el paganismo
doble á tu diestra el indomable pecho;
la gran Salém, despojo de tu invicto
y valeroso brazo, á ti se rinda;
toda el Asia sujeta á tu dominio,
por su Rey te apellide; estos deseos
son los de aquella Armida que has podido
abondonar á su dolor tirano,
pero que siempre fina te ha querido,
te quiere y te querrá, mientras no cierre
en sempiterna noche el duro filo
de la parca sus ojos lastimeros,
y baje á las mansiones del olvido,
donde habita el horror, mas donde solo
podrán mis penas encontrar alivio.

Mientras toca la música, queda consternada: pasa á lo léjos la nave: ella al verla, hace las demostraciones de dolor, propias de los recuerdos que debe inspirarle semejante vista; luego animada dice:

Mas por qué desespero? soy yo Armida,
Princesa de Damasco, aquel prodigio
á quien el orbe todo está sujeto?
pues cómo débil al dolor me rindo?
él me amaba; no pudo en un momento
olvidarse de mí: quien ama fino,
difícilmente borra de su pecho
la imágen del imán de su alvedrío:
pues por qué me detengo? por qué tardo?
abre las puertas, tenebroso abismo;

A este verso comienza una música lúgubre, pero que no impida la representacion, y sigue hasta el fin de la escena.

venid al punto, genios infernales,

Aparecen varias figuras representando lo que dicen los versos, con antorchas encendidas.

y pues de mi abandono ni aun testigos
mudos pretendo que en el orbe queden,
incendiad esta Isla.

Cruzan las figuras por el Teatro, y del fondo salen varias llamas, que representen el incendio.

En su distrito
árbol, ni flor, ni planta permanezca;
todo quede á pavesas reducido;
todo perezca, pues murió mi dicha;
arded, campos, arded; egemplo digno
sed del incendio que me abrasa el pecho.
Ven, esperanza dulce, amable hechizo
del universo, ven, y reanima
mi corazon doliente y afligido;
que yo en fogoso carro conducida,

Aparece un carro de fuego, con alusion á la situacion.

por la region del ayre al fugitivo
objeto de mi amor seguir resuelvo. *Sube.*
Reinaldo, espera, aguarda, dueño mio;
que Armida mas que nunca enamorada,
creciendo su pasion con tus desvios,
á buscarte camina presurosa
con corazon amante y encendido,
ó á prenderte de nuevo en su hermosura,
ó víctima morir de tu cariño.

FIN.

VALENCIA,

EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1815.

SAYNETES, PIEZAS EN UN ACTO Y UNIPERSONALES, QUE SE HALLAN de venta en la dicha librería, por mayor y á la menuda.

1 *Amo y Criado, en la casa de vinos generosos.*
2 *Cada uno en su casa, y Dios en la de todos, ó no hay que fiar en vecinos aunque parezcan amigos.*
3 *Chirivitas el Yesero.*
4 *Donde las dan las toman, ó los zapateros y el renegado.*
5 *El Agente de sus negocios.*
6 *El Ciego por su provecho.*
7 *El Amigo de todos.*
8 *El Tramposo.*
9 *El Escarmiento de estafadoras y desengaño de amantes.*
10 *El Tio Nayde, ó el escarmiento del indiano.*
11 *El Tonto Alcalde discreto.*
12 *El Exámen de cortejos, y aprobacion para serlo.*
13 *El Tio Vigornia, ó el Herrador.*
14 *El Tio Chivarro.*
15 *El dia de loteria, primera parte.*
16 *El Chasco del Sillero, segunda.*
17 *El Señorito enamorado.*
18 *El Pleyto del Pastor.*
19 *El Sastre y su hijo.*
20 *El Secreto de dos, malo es de guardar.*
21 *El Zeloso.*
22 *El Fandango de Candil.*
23 *El Caballero de Sigüenza, Don Patricio Lúcas.*
24 *El Callejon de la Plaza mayor.*
25 *El Casado por fuerza.*
26 *El Casamiento desigual, y los Gutibambas y Mucibarrenas.*
27 *El Casero burlado.*
28 *El Castigo de la miseria.*
29 *El Novelero.*
30 *El Hidalgo de Barajas.*
31 *El Sopista cubilete, mágico.*
32 *El Chico y la Chica.*
33 *El page pedigüeño.*
34 *El Hidalgo consejero.*
35 *Los Ilustres Payos, ó Payos Ilustres.*
36 *El enfermo fugitivo, ó la geringa.*
37 *El Extremeño en Madrid, el pleyto del Extremeño, ó el Abogado fingido.*
38 *El Maniático.*
39 *El Marido sofocado.*
40 *El Abate y Albañil.*
41 *El Alcalde de la Aldea.*
42 *El Alcalde justiciero.*
43 *El Almacen de Criadas.*
44 *El Almacen de Novias.*
45 *El Caballero de Medina.*
46 *El Cochero y Monsiur Corneta.*
47 *El Perlático fingido.*
48 *El Gracioso Engaño creido del Duende fingido.*
49 *Herir por los mismos filos.*
50 *Industria contra miseria, el Chispero.*
51 *Juan Juye, ó la Propietaria.*
52 *Juanito y Juanita.*
53 *Los Sies del Mayordomo Don Ciriteca.*
54 *Los Cortejos burlados.*
55 *Los Criados astutos y embrollos descubiertos.*
56 *La quinta esencia de la [illegible]ia.*
57 *Los Criados y el Enfer[illegible]*
58 *La Cuenta de propios y [illegible]os.*
59 *Los tres Novios imperfec[illegible] y tuerto.*
60 *La Casa de los Abates locos.*
61 *Los Novios espantados.*
62 *Los Gansos.*
63 *La Fantasma del Lugar.*
64 *Los Payos astutos.*
65 *La Madre é Hija embusteras.*
66 *La burla del Posadero, y castigo de la estafa.*
67 *Los Locos de mayor marca.*
68 *Los Locos de Sevilla.*
69 *Lo que puede el hambre.*
70 *La Lugareña astuta.*
71 *Los efectos de un cortejo, y criada vergonzosa.*
72 *Los Aspides.*
73 *La Astucia de la Alcarreña.*
74 *La Avaricia castigada, ó los Segundones.*
75 *Los Payos hechizados, Juanito y Juanita.*
76 77 *Manolo, primera y segunda parte.*
78 *No hay rato mejor que el de la Plaza mayor.*
79 *No hay que fiar en amigos.*
80 *Paca la salada, y merienda de Horterillas.*
81 *Perico el empedrador, ó los Ciegos hipócritas.*
82 *El Caudal del Estudiante.*
83 *Las Pelucas de las damas.*
84 *La Embarazada ridícula.*
85 *La Madre y la Niña.*
86 *La Fiesta del Lugar en Navidad.*
87 *La Eleccion de Novios.*
88 *La Varita de virtudes.*
89 *Ama loca y Page lerdo.*
90 *Travesuras de un Barbero.*
91 *El Médico en el lugar, y la Sordera.*
92 *El Gato y la Montera.*
93 *Los Bandos del Avapies, y la venganza del Zurdillo.*
94 *El Botero.*
95 *Los Criados embrollistas.*
96 *Las Astucias desgraciadas.*
97 *El Pleyto de la Viuda.*
98 *El dichoso desengaño y el tesoro en el infierno.*
99 *Las Astucias conseguidas.*
100 *La burla del Pintor ciego.*
101 *El que la hace que la pague, y robo de la burra.*
102 *El Buñuelo.*
103 *Casarse con su enemigo.*
104 *Los Genios encontrados.*
105 *El Escarmiento sin daño, y la Paya madama.*
106 *El Chasco de las arrecadas.*
107 *El Enredador chasqueado, ó el Biombo.*
108 *Las Chismosas.*
109 *Inesilla la de Pinto.*
110 *El Engaño descubierto.*
111 *El Avaro arrepentido.*
112 *Disimular para mejor su amor lograr, los criados simples, ó el Tordo.*
113 *El Hombre solo, y criado escarmentado.*
114 *Los dos Libritos.*
115 *Fuera.*
116 *El Payo de centinela.*
117 *El Payo de la carta.*
118 *Los Estudiantes petardistas.*
119 *La Hija embustera y la Madre mas que ella.*

121 *La Boda de Don Patricio.*
122 *Los bellos Caprichos.*
123 *La Viuda singular.*
124 *La Vieja hipócrita.*
125 *Los Tunos perseguidos.*
126 *La Discreta y la Boba.*
127 *Los Accidentes de una fiesta.*
128 *El Alcalde proyectista.*
129 *El Triunfo de las Mugeres.*
130 *Las Besugueras.*
131 *El Hijito de vecino.*
132 *El Calderero y la vecindad.*
133 *La Estera.*
134 *El Remendon y la Prendera.*
135 *El Novio rifado.*
136 *La Liebre y la Rabia, ó la Venta.*
137 *Las dos Viuditas.*
138 139 140 141 *El Soldado Fanfarron.* Cuatro partes.
142 *Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero.*
143 *La inocente Dorotea.*
144 *La Maja majada.*
145 *El Burlador burlado.*
146 *El Gato.*
147 *La falsa Devota.*
148 *El Triunfo del interes.*
149 *Los Zapatos.*
150 *El No.*
151 *Los Maridos engañados y desengañados.*
152 *Zara.*
153 *La Oposicion á Cortejo.*
154 *La Presumida burlada.*
155 *El Careo de los Majos.*
156 157 *La variedad en la locura.* Dos partes.
158 *Los Palos deseados.*
159 *El Dormilon, ó Don Tadeo.*
160 *El Recibo del Page.*
161 *El Alcalde Toreador, ó el aprendiz de Torero.*
162 *El Amor abandonado, ó el Page despreciado.*
163 *Los Soldados de Recluta y cómicos en la sierra.*
164 *Las Calceteras.*
165 *Por apretar la clavija se suele romper la cuerda.*
166 *El Esquiléo.*
167 *El Tio Peregil, ó el Traga-balas.*
168 *El Cortejo fastidioso.*
169 *Los Hombres solos.*
170 *El Page de la obligacion.*
171 *El Dia de Correo.*
172 *La Cena de Carnaval.*
173 *El Si.*
174 *El Queso de Casilda.*
175 *Por engañar engañarse, y el Hostolero burlado.*
176 *El Fin del Pabo.*
177 *El Bayle desgraciado, ó el Maestro Pezuña.*
179 *El Disfráz venturoso.*
180 *Los dos Viejos, el uno llorando y el otro riendo.*
181 *El Cortejo escarmentado.*
182 *Los Viejos burlados.*
183 *El Hambriento de noche buena.*
184 *Las Castañeras picadas.*
185 *Los Novios aburridos.*
186 *Don Chicho.*
187 *El Recluta por fuerza.*
188 *Las Botellas del olvido.*
189 *El Dentista fingido.*
190 *El Gitano Canuto Mojarra.*
191 *La Curiosa burlada.*
192 *El Chasco de los Cesteros.*
193 *El Majo escrupuloso.*
194 *La Estatua fingida.*
195 *El Café.*

PIEZAS EN UN ACTO.

23 A pícaro, pícaro y medio.
7 Areo Rey de Armenia.
2 y 3 Armida y Reinaldo. Dos partes.
4 Doña Inés de Cástro.
23 El Abate enredador.
8 El Amor constante.
24 El Atolondrado.
25 El Músico Manía.
19 El Dia de Campo.
15 El Esplin.
13 El Negro sensible.
26 El Traidor Tiñitas.
27 El Usurero burlado, ó la batalla fingida.
28 El Vellon de oro.
9 Hércules y Deyanira.
29 Hércules y Neso Centauro.
6 La Andrómaca.
30 La Buena esposa.
31 La Escocesa Lambrum.
10 La Familia indigente.
11 La Florentina.
32 La Librería.
21 La Pérdida de España.
20 La Raquél.
22 La Restauracion de España.
5 La Señorita displicente.
33 La Vieja enamoráda.
1 Las Hermanas generosas.
18 Los Amantes de Teruel.
12 Marco Antonio y Cleopatra.
14 Polixêna.
34 Safo.
17 Séneca y Paulina.
35 Telémaco en la Isla de Calipso.

UNIPERSONALES.

Abelardo, ó el amante de Heloisa.
Dido abandonada.
Don Anton el holgazan.
Don Líquido, ó el Currutaco vistiéndose.
Doña Isabel de Segura, ó la casta amante de Teruel.
El Arnesto.
El Cómico de la legua.
El Curioso impertinente.
El Domingo, ó el Cochero.
El Entretenido, ó la brevedad sin substancia.
El Famoso Rompe-galas, ó el Tiñoso sentenciado á azotes.
El Jóven Pedro Guzman.
El Loco.
El Mercader aburrido.
El Poeta escribiendo un Monólogo.
Florinda.
Guzman el bueno.
Hannibal.
Idomenéo.
Perico el de los Pal[illegible]
Pigmalion.

ARMIDA Y REINALDO.

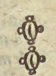
EN UN ACTO.

SEGUNDA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS.

Armida, Princesa de Damasco.
Reinaldo, Príncipe de Ferrara.
Ubaldo, Maestro de Reinaldo.



Orcante.
Comparsa de Cruzados y Turcos.



Música triste. Campamento á lo léjos. Armida dentro de una tienda.

Arm. Aquel que nunca ha visto favorable
de la fortuna el rostro, si se queja,
se queja con razon, mas que ha llegado
de la desgracia el término, no crea;
que pasar de feliz á desdichado,
es mucho mayor mal, mas grave pena.
El que poco se eleva, poco cae;
pero aquel que ha subido á la eminencia,
si del hado el furor le precipita,
ni aun de su estrago la memoria deja:
Cesa la música.
villana condicion de la fortuna,
que cautelosamente lisongera
proporciona las dichas solamente,
para quitarlas cuando no se piensa,
y la satisfaccion de disfrutarlas
no equivale al tormento de perderlas.
Así yo, ay triste! en tiempo mas dichoso,
rebosando en placer, de gozo llena,
á la cumbre subí de la fortuna,
que á un corazon amante no le queda
mas anhelo, mas dicha, mas deseo
que poseer lo que ama con fineza.
Mas todo lo perdí, y abandonada
de Reinaldo, con bárbara cautela,
caí precipitada hasta el abismo
de la amargura que en mi pecho reyna.
Vuelve el atribulado pensamiento
á mis perdidas glorias, y hallo en ellas
tantos motivos de dolor tirano,
que en confuso tumulto se atropellan
por traspasar mi corazon doliente,
y acabar con mi vida lastimera,
y de puro sentir, al sentimiento
el angustiado espíritu se niega:
tiempo de confusion! aciagos dias!
ó dias de dolor! tiempo de pena!
Música triste, á cuyos últimos compases sale Orcante.
Orc. Permite, Armida hermosa, á los cuidados
de un corazon que amante te venera,
interrumpir la distraccion penosa,
que tanto de tí misma te enagena;
vuelve por tí, señora, no perturbes
el brillo encantador de tu belleza.
Por qué tanto llorar? por qué angustiarte
tan fuera de razon?
Arm. Si dable fuera
que hubiesen de salir las penas mias
entre mis tristes lágrimas envueltas,
era preciso que en copioso llanto
mi máquina vital fuese deshecha:
no es llanto de dolor el que derramo,
llanto es de indignacion y de soberbia.
Orc. Si tanto la venganza te apasiona,
si de la sangre vil estás sedienta
del pérfido Reinaldo, si tu mano
será de aquel que tan dichoso sea,
que prisionero ó muerto te lo entregue,
dudarás de que quedes satisfecha?

En toda esta república vagante,
en esta instable inundacion de tiendas,
que abriga nuestro egército, no hay Turco
de noble condicion, que no pretenda
y aspire, enardecido con tal premio,
á ser el dueño de tan alta empresa;
á asi de su valor...

Arm. No mas, Orcante;
espiró ya en las Tropas Agarenas
el antiguo valor; no ha habido encuentro
en que cobardemente no volvieran
las espaldas al riesgo y á la gloria:
en Antioquía, en Gaza y en Nicea,
á pesar de esos muros, los Cruzados
tremolarán al viento sus banderas;
en fin, la gran Salém, que era su empeño,
ya conquistada arrastra sus cadenas,
ya el gran sepulcro de su Dios adoran,
y el Asia toda amedrentada tiembla;
ese funesto egército de Tropas
compuesto de naciones tan diversas,
y tan poco aguerridas, que Emireno
por órden de Soldan rige y gobierna
oponerle al esfuerzo de Gofredo,
es oponerle al sol caduca niebla,
débil antorcha al viento impetuoso,
y seca arista á la abrasante hoguera.
Pues de qué presumís? llegó ya el tiempo
en que las damas las batallas vean,
y arrostrando las huestes enemigas,
á sí propias valientes se defiendan:
y esperaré que nadie de Reinaldo
pueda alcanzar victoria? él es la diestra
del General Cristiano: mal he dicho:
él es el númen de la cuarta esfera;
mira cuán alejada la venganza
vivirá de quien tanto la desea.

Orc. Injustamente, Armida, nos baldonas:
nunca ha sido precisa consecuencia
de la suerte el valor, y el conservarlo
despues de acciones tantas y funestas,
no te parezca poco. Ese Gofredo,
que parece domina en las estrellas,
segun sus intenciones favorecen,
tendrá mas dicha, no mas fortaleza:
el valor que publicas de Reinaldo
no te culpo, si tanto lo exageras,
que esa misma venganza que apeteces,
la sed que de su sangre manifiestas,
puede ser un cariño disfrazado.
Ah! cómo temo en tan dudosas señas
que corrida la máscara del odio,
se descubra el amor con mayor fuerza!
mas para que conozcas mi ardimiento,
y que nada mi espíritu recela,
ese papel que al enemigo campo

Le da un papel, y ella le lee para sí.

determino enviar, pido que leas;
en él verás que á singular batalla
llamo á este fuerte jóven, y pluguiera
al Cielo que al momento la aceptase,
porque ó despojo de sus iras sea,
ó acabe con su vida, dando á un tiempo
la venganza á mis zelos y tu ofensa.

Arm. No es acertado, valeroso Orcante,
que en singular batalla...

Dentro ruido estrepitoso de armas, y dicen á lo léjos.

Voces. Guerra: guerra...

Arm. Qué podrá suceder?

Orc. A lo que miro,
de los opuestos campos las ligeras
tropas que en avanzadas divisiones
con atencion recíproca se observan,
parece que combaten: voy al punto,
puesto que soy su Xefe, á recogerlas,
no una accion general tal vez empeñen,
sin que el mismo Emireno lo resuelva. *Vase.*

Arm. Por todas partes el estruendo crece,
y aun hácia aquí parece que se acercan
por este lado algunos de los nuestros
acosando á un Cristiano, que se esfuerza
en resistir.

Sale Ubaldo resistiendo á algunos Turcos, y viene á caer á los pies de Armida.

Ubal. El Cielo me socorra!

Arm. Tened, no le mateis; y á su defensa
sirvale de mis plantas el sagrado;
alza, Cristiano.

Ubal. O Dios! Armida es esta.

Arm. Qué es lo que miro? él es segun las señas.
Retiraos vosotros, que conmigo
este Cristiano asegurado queda.

Vanse los Soldados.

Ubal. Injuriada, y muger! Cielos divinos!
si me reconoció, mi muerte es cierta.

Arm. No eres tú el hombre de alma empedernida,
de corazon tan duro y tan de piedra,
que lo que mas amaba, de mis brazos
me arrebató con bárbara violencia?

Ubal. El mismo soy, señora, que imaginas;
pero no el que dibujas en tu idea
con tan feos colores; soy Ubaldo;
yo á Reinaldo aparté de tu belleza,
ilustrando su ciego entendimiento,
con la antorcha eficaz de la prudencia;
accion que á buena luz considerada,
yo creí que tú misma agradecieras.

Arm. Yo agradecerlo? cuándo se habrá visto
que alguno sus agravios agradezca?
cuándo el que cae envuelto entre su sangre
la mano que le hiere humilde besa?

Ubal. Cuando con esta dolorosa herida
sana de otra mas áspera dolencia:
el contagiado miembro se separa,
porque el resto del cuerpo no perezca:
cauto el agricultor la vid despoja
del seco ramo porque mas florezca;
así yo, interrumpiendo unos amores,
enteramente opuestos á las reglas
de la recta razon; á ti, señora,
te excusé que mas tiempo padecieras
ultrajes en tu fama, indecorosos
al Real carácter de tan gran Princesa,
y estimulando al jóven á la gloria,
y del honor poniéndole en la senda,
hice que su opinion ya vacilante,
coronara con ínclitas proezas,
y porque mas tu sinrazon conozcas,
¿amabas, dime, con verdad sincera
á Reinaldo?

Arm. Es posible que lo dudes?

Le amaba, si, y le amo tan de veras
como el herido ciervo ama las fuentes,
como á la lluvia la abrasada tierra,
como las flores aman el rocío,
como ama el olmo la amorosa yedra,
como el sediento al cristalino arroyo,
como el enfermo la salud que anhela:
y en fin, le amaba cuanto amar es dado
á una alma dulce, enamorada y ciega.
Ubal. Pues amándole así, sin mi dictámen,
di, cómo ahora blasonar pudieras
de amar á un jóven fuerte y generoso
que en cuanto ciñe el mar y el sol calienta,
la fama de sus glorias ha extendido?
Reinaldo, en tu poder nunca subiera
de la inmortalidad á la alta cumbre;
el verdadero amante mas aprecia
el bien de lo que ama, que no el suyo:
cumplir con su opinion es la primera
obligacion del hombre, y mas si nace
para ocupar del Solio la eminencia.
Reinaldo, dividido de tus brazos,
llenó su deber todo, y se presenta
enteramente digno de tus ansias;
mira si será justo que agradezcas
que unos leves momentos de disgusto
produgesen tan altas consecuencias.
Arm. Pero es una accion noble y generosa
el tratar una dama de mis prendas
mas que con desamor, con vilipendio?
Ubal. No comprendo la causa de esta queja.
Arm. No me dejó en la Isla abandonada,
por mas que le rogué que me tragera
consigo, y que de amor y honor á un tiempo
cumplir pudiese la famosa deuda?
En alas de mi amor mas que del viento
sus pasos no seguí? de mi presencia
no se ha excusado siempre? y de mis cartas
no ha sido su silencio la respuesta?
no es este un vilipendio ignominioso,
que en torpe grosería degenera?
cuándo un alma bizarra corresponde
con tanta ingratitud á las finezas?
Ubal. Náufrago á quien asido de una tabla,
asalta de las ondas la soberbia,
si tal vez gana el deseado puerto,
difícilmente al mar instable entrega
segunda vez la vida: así no extrañes
que Reinaldo contigo procediera
del modo que resientes; que un peligro
que halaga con lo mismo que envenena,
dificultosamente se resiste,
y aventurarse en él locura fuera,
pues quien se expone y vence, nada logra,
y pierde todo, si vencido queda:
á mas de esto; temiendo que tus artes
pudiesen producir...
Arm. Ubaldo, cesa:
no á mis artes acudas... vanas artes
que aborrezco y detesto! fueron ellas
la causa executiva de mis males,
despreciable recurso, triste ciencia,
que no pudo extinguir la ardiente llama
en que mi amante corazon se quema!
fuera de esto, descrédito sería
de mi estado, y aun de mi belleza,
lo que se ha de alcanzar del alvedrío
quererlo conseguir de la violencia:
no mas, no mas encantadoras voces;
si á la mágia de amor, amar se niega,
en vano son auxilios infernales.
Mas dejando esto á un lado: porque veas
que opuestos sentimientos nos animan,
ya tienes libertad; así se vengan
mugeres como yo: solo una cosa,
por dama conseguir de tí quisiera
con secreto inviolable.
Ubal. La prometo,
como á mi estimacion no sea opuesta.
Arm. Y juras el secreto?
Ubal. Sí lo juro.
Arm. Pues vuelve al campo, y á Reinaldo entrega
ese papel: no es mio, pero importa
reservar que lo doy; di que le llevas
de la parte de Orcante, pues es suyo;
mas para nada tomes en tu lengua
de Armida el nombre, basta de desprecios.
Ubal. Todo lo cumpliré como lo ordenas. *Vase.*
Arm Séme una vez propicio, amor tirano,
ayuda mis deseos y cautelas;
una infeliz en su favor te invoca,
muestra que eres deidad en protegerla.

Música; selva; estacada á un lado: sale Reinaldo atropellando á algunos de los suyos.

Rein. Viles, indignas, despreciables almas,
que al riesgo y al honor la espalda vuelta
de esa Turca canalla habeis huido
afrentando las ínclitas banderas
del Católico Marte, sois soldados?
dónde está el pundonor y la vergüenza?
á vuestro Capitan, á vuestro Xefe
desamparais en la marcial palestra?
qué es de Ubaldo, decidme, qué es de Ubaldo?
cómo sin él venís á mi presencia?
idos, cobardes; no el ardiente enojo
á que me precipita tal vileza
en vuestra torpe y alevosa sangre
me arrebate á manchar la airada diestra.
Vanse los Soldados.
Perdido Ubaldo, todo lo he perdido:
él vertia en las llagas lastimeras
de mi alma afligida el saludable
bálsamo del consuelo; las tinieblas
de mi deslumbrado entendimiento
disipaba á las luces halagüeñas
de la amable virtud: ahora, ay triste!
cual nave en el horror de la tormenta
de las furiosas ondas combatida,
sin rumbo, ni timon, navega incierta
al arbitrio del viento proceloso,
chocando en un escollo, en las cabernas
del indomable golfo se sepulta;
yo en el mar del amor, en que navega
mi tierno corazon, abandonado
del deseo á la bárbara violencia,
de la razon el norte oscurecido,
faltando del piloto la experiencia,
no será maravilla que chocando
en el escollo del error, me vea
otra vez anegado y confundido
de mi loca pasion entre las densas

y pavorosas sombras, donde todos
mis triunfos adquiridos se oscurezcan.

Música, durante la cual se pasea agitado, y luego dice.

Justos son los temores que me agitan.
Tan viva está en mi alma, ay Dios! aquella
que fue el primero amor de mis amores,
y el último será, que ni la ausencia,
el bélico tumulto, ni las glorias
con que veloz la fama lisonjea,
celebrando mi nombre, no han podido
apagar la mas mínima centella
del incendio voraz que me consume,
y dentro de mi pecho se alimènta;
tan solamente Armida, dulce nombre!
es grata ocupacion de mis ideas,
y su tierna memoria, y mi cuidado
cuantos objetos miro me renuevan.
Las flores que en los campos abundosas
al albor matutino se esperezan,
las fuentes y los claros arroyuelos,
que por los verdes prados atraviesan,
el dulcísimo canto de las aves,
el manso vientecillo que recrea
blandamente sus alas sacudiendo
entre rosas, jazmines y azucenas,
cuanto hay mas amoroso y agradable
y mas apetecible, me recuerda
su halago, su atractivo, su dulzura,
sus finas expresiones, su belleza,
sus gracias peregrinas... Insensato!
por qué no digo que ella misma premia
mi prision, ó mi muerte por su mano?
tanto ya me aborrece? tanto en ella
el espíritu puede de venganza?
pero si la ultragé de tal manera,
que pagué con agravios sus favores,
y con ingratitudes sus finezas,
qué menos pudo hacer? y qué no haria,
durándole el cariño, si supiera
que de Ubaldo y Gofredo á persuasiones
ya prometí mi mano á la heredera
de Florencia, á Constanza, y que mi padre
sin dilacion exige mi obediencia?
Triste es su situacion; pero la mia
es mucho mas tirana, mas violenta,
amar sin esperanza, precisado
á arrastrar la durísima cadena
de un lazo indisoluble, es un martirio,
es una tiranía tan acerba,
que ni la muerte... qué? mil muertes juntas
no producen tal género de pena,
dura, cruel, amarga, irresistible,
irremediable, bárbara y eterna. *Música.*
Mas por qué me apasiono! no es Armida
de prosapia real? no es la Princesa
de Damasco? su imperio dilatado
unido á mis laureles, no pudiera...
no pudiera... ay de mí! porque es pagana,
es una maga vil, y oscureciera
mi estimacion enlace semejante;
mas sus gracias, su amor y su belleza,
y este voraz inextinguible fuego,
este volcan, esta incesante hoguera
que me abrasa, me mata y me devora,
no ha de tener alivio? en mi nobleza
es imposible: está la suerte echada,
y es mi palabra obligacion primera:
mas cómo de otro objeto poseido
mi mano he de entregar á mano agena?
este no es un delito? Cielos santos,
valedme! que en las dudas que me cercan,
camino al precipicio. Ubaldo, amigo,
á donde estás? Ubaldo, así me dejas?

Sale Ubaldo.

Ubal. Aquí tienes á Ubaldo: qué le quieres?

Rein. Qué es lo que ven mis ojos? llega, llega,
acércate á mi pecho. Qué temores,
qué de pesares me costó tu ausencia!

Ubal. Pero por qué, señor, tantos extremos?

Rein. Porque es claro que el bien no se penetra
hasta perderle.

Ubal. Mas las grandes almas,
como el Olimpo son, cuya eminencia
sobre las altas nubes sobrepuja,
á la suerte ya próspera, ya adversa,
deben siempre mostrar igual semblante,
y firmes en cualquiera diferencia,
ni las prósperas deben deslumbrarlas,
ni tampoco abatirlas las adversas.

Rein. Está bien: pero dí: cómo pudiste
escapar de la muerte ó la cadena?

Ubal. El poner en tus manos este pliego

Dale un papel, y lee para sí.

valió mi libertad.

Rein. Qué dices? muestra.

Ubal. Parece que este jóven todavía
de la razon al yugo se rebela;
no es mucho, que á pasar de extremo á extremo
difícilmente el corazon se esfuerza.

Rein. A duelo singular me llama Orcante,
cuyo altivo valor y fortaleza
tengo experimentado en las acciones
que produjo el discurso de la guerra.

Ubal. Y qué piensas hacer?

Rein. Pues en mi esfuerzo
la mas leve sospecha permitiera?
saldré, y le mataré.

Ubal. Y si atrevido
intentase tal vez que la cautela...

Rein. Es imposible: el sitio que señala
del rápido Cedron es la ribera,
y el seguro del campo solicita,
porque tan cerca está de nuestras tiendas:
mas dejando esto aparte, dime, Ubaldo,
has visto acaso á mi adorada bella?

Ubal. A Constanza?

Rein. De Armida te pregunto.

Ubal. Yo creí que en tu pecho ni aun centellas
de tan loca pasion permaneciesen.
Tú memorias de Armida! tú te acuerdas
de esa tirana maga, sin que el rostro
en vergonzosa púrpura se encienda?
Comprometida tu palabra y mano
para Constanza, arbitrio no te queda
para pensar en otra, sin agravio
del pundonor debido á tu nobleza.
Las testas coronadas no han nacido
con el libre alvedrío que fomenta
en otros, la eleccion de sus enlaces,
que en cambio de su augusta preferencia

esclavos respetables del estado
al público provecho se sujetan.

Rein. Y quién puede tener el pensamiento
sujeto?

Ubal. La virtud.

Rein. Virtud severa!

Ubal. Apacible virtud! sus sacrificios
son dolorosos, sí; pero si llegan
á completarse, toda su amargura
se convierte en delicias halagüeñas,
que bañan en dulzura inexplicable
el corazon; placer que experimentan
las puras almas que á las claras luces
del noble entendimiento se gobiernan.

Rein. Terrible sujecion! mas por qué clamo,
si yo mismo me impuse las cadenas
que involuntario arrastro? ó una y mil veces
antes que tal hiciese falleciera! *Vase.*

Ubal. Todavía el estímulo resiente,
todavía vacila y titubea:
ó loca juventud, que desbocada
al precipicio del amor te entregas!
suspende el ciego paso impetuoso;
mira que en el error en que te empeñas,
cuando los escarmientos se anticipan,
de nada desengaños aprovechan. *Vase.*

Música. Selva frondosa, que baña el torrente Cedron. Vista á lo lejos de Jerusalen, y sale Armida.

Arm. A Orcante persuadí de sus intentos,
por si mi industria conseguir pudiera,
su lugar ocupando, á mi enemigo
decir ansiosa mis amantes quejas.
Ay! qué distinto tiempo de aquel tiempo
en que en el centro yo de la grandeza,
en la altura del solio colocada,
libre, gozosa, y de cuidado exenta,
no creí que en el orbe haber pudiese
quien ni una esquivez mia mereciera!
Desventurada Armida! quién creería
que se humillase tanto tu soberbia,
y llena de temores y pesares,
prófuga, peregrina y extrangera,
de un inhumano amante abandonada,
en cambio de ternuras y finezas,
escándalo del orbe y de los siglos,
desprecios insufribles recibieras!
Amantes que notais mi desventura,
las que fiais en hombres, las que ciegas,
de un amoroso halago seducidas,
no conoceis el riesgo que os rodea;
aprended de mí sola desengaños;
mirad cómo se paga la firmeza,
y que la triste que en el hombre fia,
ara en el viento, y en el agua siembra.

Música.

Mas, ó pesares bien recompensados,
una y mil veces venturosas penas,
felices desventuras, si consigo
hablar á mi Reinaldo; en su presencia
todos se acabarán los males mios,
y si en su pecho todavía reynan
de Armida las memorias, el mas leve
pretexto, la disculpa mas pequeña
será para aplacarme suficiente,
y dejarme gozosa y satisfecha;
qué es satisfecha? á hacerme feliz basta
una lisonja, una mirada tierna,
una dulce expresion, y plegue al Cielo
que del exceso del placer no muera...
Loca pasion, á dónde me conduces?
y si resiste ingrato? si en su fiera
ostinacion prosigue, y mis halagos,
mis ruegos y mis lágrimas desprecia?
qué haré entónces? morir de enamorada.
Quién en los labios mios infundiera
expresiones de fuego que abrasasen
aquel rebelde corazon, si niega
á voluntad tan fina y sin egemplo
una justa y leal correspondencia!
Almas sensibles, almas generosas,
en quienes infundió naturaleza
la compasion; si una muger amante
que sembrando favores cogió ofensas,
sola, triste, afligida, y sin consuelo,
vuestra piedad y lástima interesa,
llorad sobre mis males, compartiendo
los tormentos que el alma me penetran;
pero un guerrero... él es: corazon mio,
ánimo, que ya estás en la palestra.

Sale Reinaldo.

Rein. Pues ya, esforzado Orcante, que en el sitio...
Pero qué es lo que miro? Armida es esta!

Arm. Si á matar ó morir sales al campo,
fácil victoria el hado te presenta,
que ociosos son los filos del acero
en quien á tus rigores vive muerta:
si mi alma de angustias penetrada,
todavía en la cárcel se conserva
del miserable cuerpo, es porque solo
á tus iras crueles se reserva,
echando el sello á tu desden tirano,
acabar con mi vida lastimera:
pues por qué te detienes? por qué tardas?

Rein. Válgame Dios! no sé qué responderla.

Arm. Callas? qué, tan retórico el agravio
y tan cobarde la turbada lengua,
esa pérfida lengua, que en mis brazos
aras del Dios vendado lisonjeras,
á pesar del destino y de los hados,
constancia prometió, juró firmeza?
Cuántas veces digiste, que primero
que mis amores al olvido dieras,
faltaria en los orbes celestiales
esa luciente máquina de estrellas;
que veria nacer del agua el fuego,
retroceder el sol en su carrera,
universal trastorno padeciendo
el órden de la gran naturaleza?
mas la fe prometida quebrantaste,
lleváronse los vientos las promesas.
Ah! mátame por piedad, consuma, acaba
el sacrificio, si es que ya no quieras,
egemplo singular de los crueles,
no darme muerte, porque mas padezca.

Rein. Si te amé con verdad, muy bien lo sabes,
las cándidas palomas, que se estrechan
en el caliente y abrigado nido,
asilo del amor en que se queman
las tórtolas amantes, que en las ramas
del verde laberinto de las selvas
explicando sus ansias amorosas

con suspiros dulcísimos se quejan,
de mi pudieron aprender ternuras,
en mi pudieron estudiar finezas:
si te degé en la Isla, tambien sabes
que honor y religion dieron materia
á una separacion tan dolorosa:
tú misma, si, tú misma manifiesta
viste la repugnancia que mostraba;
tú misma conociste la violencia
con que me separaba de tus ojos,
dejándoles de amor el alma en prendas;
pues si todo esto sabes, y no ignoras
que los mismos motivos perseveran,
por qué causa, señora, por qué causa
de Reinaldo inocente te lamentas?
Arm. Cualquiera que escuchara indiferente
las frívolas razones que aparentas,
la artificiosa sumision que ofreces,
la paliada inocencia que ponderas,
sin duda en tu favor decidiria;
pero dime, traydor, cuando no fuera
el dejarme en la Isla abandonada,
en situacion tan triste, que á las piedras,
si fueran ellas de sentir capaces,
á conmover bastara la mas fea,
la mas cobarde accion, que caber pudo
en hombre, que de ser noble se precia,
para haberte excusado á mis deseos,
para haberte negado á mi presencia,
rayando en descortés con una dama
de mi carácter, qué disculpa encuentras?
Rein. Tu hermosura, tu gracia peregrina,
apetecible riesgo en que pudiera
aventurar segunda vez mi fama;
y el mirar que en acciones contrapuestas
tú me buscabas, cuando al tiempo mismo
ofrecias tu mano al que me diera
en tu poder, ó muerto, ó prisionero.
Arm. Eso fue del cariño sutileza,
llamándote á los riesgos, por si acaso
mediante el artificio y la cautela,
hablarte conseguia; y pues la suerte
sola esta vez propicia á mis ideas,
tan feliz ocasion me proporciona,
dime, Reinaldo mio... ah! si á la lengua
acudió el corazon, perdona: dime,
si tal vez en tu pecho se conserva,
de aquel pasado y amoroso incendio,
leve centella entre cenizas yertas.
Rein. Sí, señora: lo mismo te amo ahora
que te amé, y te amaré mientras no llega
la inexorable parca, y corta el hilo
de una vida tan trágica y funesta.
Ah! si yo no te amara, Armida hermosa,
mi dicha á mis deseos excediera.
Arm. Pues, qué puede oponerse á los deseos
que un cariño recíproco fomenta?
Ya tu valor dejaste acrisolado,
pues domador del Asia te celebra
la fama, desde el uno al otro polo;
si eres de estirpe generosa y regia,
si en Ferrara naciste Soberano,
yo tambien de Damasco soy Princesa:
enlace, pues, en apacible nudo
una coyunda amable, dos diademas;
así cumples contigo, así restauras
mi estimacion á la censura expuesta
del sedicioso vulgo maldiciente.
Qué respondes? suspiras? no me ofendas
con esas dudas: mírame á tus plantas,
de ellas no he de apartarme hasta que accedas
á mis ruegos: si no eres insensible,
muévate á compasion, tu piedad mueva
ver que derramo el corazon deshecho
en el copioso llanto que me anega.
Rein. Basta; no mas; que cada razon tuya
es clavarme en el pecho aguda flecha;
sin ti desventurado, dueño mio,
vivir es imposible; siempre impresa
tu imágen llevaré en el alma mia,
sin que el tiempo voráz borrarla pueda;
pero un fatal destino nos separa,
un poder invencible se atraviesa,
y corta nuestras dulces esperanzas;
la muerte es el remedio que nos queda,
que siendo tu pagana, y yo cristiano,
mi ley sagrada nuestra union reprueba.
Arm. Religioso pretexto, pero vano:
esa ley tan sagrada que veneras,
no era la misma cuando me juraste
firme constancia, lealtad eterna?
Rein. Eso es verdad: mas de un delito mio
no has de formar, Armida, consecuencia
para mi obligacion.
Arm. Y de ese crímen
he de ser yo la víctima funesta?
cuándo se vió que de delito ageno
pagase los efectos la inocencia?
Rein. Cuando el hado en su ruina conjurado
todas las iras al furor despliega.
Arm. Débil satisfaccion: pero si solo
ese reparo por vencer nos queda,
nada importa; detesto desde ahora
las máximas erradas de mi secta;
el mismo Dios que adoras será el mio,
y de cuantos vasallos se sujetan
á mi Imperio, y así en el Asia toda
se abrirá al cristianismo nueva senda.
Rein. Ah! qué tarde, qué tarde, Armida hermosa,
haces ostentacion de las finezas,
que no estando en mi mano aprovecharlas,
es deuda de mi honor agradecerlas!
Mas no bastan, señora, á hacerme tuyo.
Arm. Parece que complaces tus ideas
tan solo en producir inconvenientes,
mas á todos saldré: dime, qué resta?
Rein. A ti nada, que á mí solo me toca
morir de angustia, de dolor y pena.
Arm. Habla con claridad.
Rein. Ay! que no debo.
Arm. Resuelve de una vez.
Rein. Callar es fuerza.
Arm. Sabes que te amo?
Rein. Mas que yo merezco.
Arm. Pues confia de mí.
Rein. Me aborrecieras.
Arm. Tan grande es ese mal?
Rein. Desesperado.
Arm. De qué pudo nacer?
Rein. De una flaqueza.
Arm. Sépalo yo, que ya de este secreto
á apurar el veneno estoy resuelta.

Rein. Repara que á tu muerte te encaminas,
si lo que callo en descubrir te empeñas.
Arm. No me obligues á un loco arrojamiento,
si tan confuso enigma no revelas.
Rein. No hay remedio?
Arm. Ninguno.
Rein. Pues, señora,
supuesto que tú misma lo deseas,
sabe que soy ageno, y que mi esposa
ha de ser la heredera de Florencia;
mi mano tengo ya comprometida,
y empeñado mi honor y mi nobleza;
así lo ordena la razon de estado,
y Gofredo y mi padre así lo ordenan.
Arm. Bárbaro, desleal, hombre inhumano,
vívora ponzoñosa, aleve hiena,
que al pasagero llama con gemidos,
y en él despues su furia toda ceba;
mucho temí de ti, pero no tanto,
que á extremo tan cruel te envilecieras:
mucho te quise, pero todavia
á mi pasion exceden tus ofensas.
El único dolor que me faltaba
en mi desdicha, el de los zelos era,
cuyas azules sierpes enroscadas
al corazon de tósigo le llenan:
es posible, tirano, que pudiste...
pero reconvenciones qué aprovechan?
Vete, apártate, ingrato, de mis ojos,
cocodrilo engañoso, esfinge fiera,
áspid que entre las flores se disfraza;
plegue á Dios que en la esposa que te espera
halles el desamor que yo he hallado
en tu perfidia; las nupciales teas
no las inflame plácido himeneo,
las furias infernales las enciendan,
y á zelos mueras, pues á zelos matas,
Gran ruido de pelea.
que yo sabré, arrojándome resuelta
en medio del horror de la batalla,
encontrar una lanza, una saeta,
que acabando una vida que detesto,
ponga fin lastimoso á tantas penas. *Vase.*
Rein. Justa es su indignacion, justa su ira,
y cuantas sobre mí desgracias vengan,
justas serán: ay Dios! que oscurecida
la luz de la razon entre tinieblas,
que el combate de afectos encontrados
en mí produce, nada se penetra
que la paz desterrada de mi alma
pueda reproducir, volverme pueda.
Sale Ubaldo.
Ubal. Qué haces asi, señor, cuando Emireno,
ya con todo su egército nos cierra?
Rein. Qué hago, dices? morir de tus consejos.
Ubal. Consejos de salud, mas aprovechan
que ofenden.
Rein. Déjame por Dios, Ubaldo,
y vamos á añadir á las banderas
del ínclito Gofredo nuevos lauros,
que funestos cipreses se conviertan,
para un triste que ya sin esperanza
de la perdida paz morir desea. *Vase.*
Mutacion que representa todo un campo de Turcos destruidos. Música fuerte, á cuyo compas van saliendo los personages, no cesando dentro el ruido de batalla; salen algunos Turcos cargando á algun Cruzado que represente en su trage ser principal, y cuando estos se entren, sale algun Cruzado cargando por el opuesto lado á algun Turco, que tambien represente ser de calidad, y la música se va mitigando de modo que no embarace la representacion. Armida con la espada desnuda.
Arm. Ea, valientes Turcos, este dia
es dia de venganza, pues las señas
están dando á entender que la victoria
hácia nuestro destino se ladea;
de esa ostinada pérfida canalla
nadie quede con vida, todos mueran,
diluvios de cristiana sangre corran,
tanto, que en las corrientes lisoajeras
del rápido Cedron pueda dudarse
si corren aguas, ó si sangre llevan;
y aun no será bastante toda junta
para apagar la sed que tengo de ella.
Sale Orcante del mismo modo.
Orc. Por mas que discurriendo el campo todo
busco á Reinaldo, la fortuna adversa
no le ofrece á mis ojos, ni mi acero.
Arm. Pues vele allí, que haciendo resistencia
á innumerables tropas de los nuestros,
todo lo rompe, todo lo penetra:
ah, cobardes! un hombre solo puede
postrar tanto valor y fortaleza?
mas ya segun los muchos que le cargan,
en vano resistiendo hácia aquí llega.
Sale Reinaldo acosado de Turcos.
Rein. Todos sois pocos á mi fuerte brazo.
Arm. Si no quieres morir, la espada entrega.
Rein. En hombres de mi honor eso no cabe.
Tropieza, y al tiempo de herirle Orcante, se interpone, queda herida y cae.
Orc. Pues muere.
Arm. Tente, Orcante... yo soy muerta.
A este verso sale Ubaldo, dice el verso siguiente, y con los suyos carga á los Turcos, y los retira, durante lo cual esfuerza la música hasta que en el Teatro solo queda Reinaldo arrodillado, sosteniendo á Armida, y entonces pasa la música á un tono muy piano y triste, siguiendo hasta el fin.
Ubal. Esta ocasion aprovechad, amigos:
aquí del pundonor y fortaleza.
Ahora empieza la pelea.
Rein. Desgraciada hermosura, este es el pago
de una pasion tan fina, dulce y tierna?
tú de mortal herida penetrada,
y por mi causa? O cuánto mejor fuera
que el rigor de la parca egecutivo
en mí todas sus iras convirtiera!
mas yo sabré seguirte.
Arm. No, bien mio;
vive feliz... te amo... mis ofensas...
ay dolor... te perdono... fui culpada...
mas de tu Armida... alguna vez te acuerda.
Rein. Poco podré acordarme, si en mi pecho
la sensibilidad no es extrañeza.
O nunca de la fértil Palestina
á los fatales campos yo viniera!
mi bien, señora, mi adorado dueño,
mi idolatrada y amorosa prenda,

es posible que miro ya tus ojos
eclipsados en noche sempiterna?
qué débil, qué remiso, qué cobarde
es mi dolor, pues el morir me niega!
pero si desde el reyno de las sombras
del pecho mio la verdad penetras,
conocerás que yo siempre fui tuyo;
que el destino fatal, la suerte adversa
y no la falsedad pudo ser causa
de haber abandonado tu belleza;
no entrarán en mi alma otros amores,
y fiel á tu memoria y tus finezas,
el horror, el despecho, la amargura
y desesperacion que me rodean,
darán fin á una vida aborrecible,
desventurada, trágica y funesta.

Sale Ubaldo con los suyos.

Ubal. Ya el campo victorioso... mas qué miro?
Rein. Las resultas mas tristes y funestas
de tus consejos.
Ubal. No de mis consejos,
si de un amor sin límite ni riendas,
porque siempre un amor desordenado
produce tan infaustas consecuencias.

FIN.

VALENCIA,

EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1815.
